

# JESÚS ABANDONADO



Chiara Lubich

# JESÚS ABANDONADO

Preparado por Hubertus Blaumeiser



Ciudad Nueva

Título original: *Gesù abbandonato*  
© 2016, Città Nuova Editrice  
Via Pieve Torina, 55 - 00156 Roma  
[www.cittanuova.it](http://www.cittanuova.it)

Traducción: *Ana Hidalgo*

Diseño de cubierta y maquetación: *Antonio Santos*

© 2016, Editorial Ciudad Nueva  
José Picón, 28 - 28028 Madrid  
[www.ciudadnueva.com](http://www.ciudadnueva.com)

ISBN: 978-84-9715-361-4  
Depósito legal: M-34.951-2016

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

## Presentación de la colección\*

«A los que te sigan, déjales solo el Evangelio».

Este Evangelio, Chiara Lubich lo declinó de muchos modos, puntualizados en doce fundamentos: *Dios Amor*, la *voluntad de Dios*, la *Palabra de Dios*, el *amor al prójimo*, el *mandamiento nuevo*, la *Eucaristía*, el don de *la unidad*, *Jesús crucificado y abandonado*, *María*, la *Iglesia-comunión*, el *Espíritu Santo* y *Jesús presente en medio de nosotros*.

Dichos puntos constituyen un *long seller* escrito en el alma y en la vida de miles de personas de toda la titud. Pero faltaba un texto póstumo que incluyese pasajes inéditos para ilustrarlos a través de:

- el testimonio personal; es decir, tal como Chiara Lubich los comprendió, ahondó en ellos y los vivió;
- una penetración en el misterio de Dios y del hombre;
- la encarnación en los ámbitos humanos con una impronta comunitaria, en sintonía con el Vaticano II (cf. *LG* 9).

\* Salvo indicación expresa, en las referencias bibliográficas la autora es Chiara Lubich y la editorial es Ciudad Nueva.

Se trata de doce libros útiles para quien desea:

- ser acompañado en su vida espiritual por una gran maestra del espíritu;
- profundizar en el aspecto comunal de la vida cristiana, con sus implicaciones en la Iglesia y en la humanidad;
- poder encontrarse con Chiara Lubich en la vida de cada día y conocer su pensamiento, entretejido de elementos autobiográficos.

## Introducción

No es poca cosa que, según los Evangelios de Marcos y de Mateo, la vida terrena de Jesús haya culminado en un grito desgarrador: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». En esa pregunta se pueden reconocer los interrogantes, las ansias y los dramas de todos los tiempos. Ese grito abre un espacio ilimitado, invita al encuentro. No es en absoluto expresión de una persona llena de sí misma y de sus propias seguridades, que se impone y puede llegar a atropellar a los demás. Es más bien el grito del Hombre-Dios que se hizo radicalmente pobre para estar al alcance de todos y hacerse hermano de cualquiera, y con ello abre un diálogo que no excluye a nadie, a partir de lo que es más humano: la experiencia de la limitación, del dolor. Y diálogo es lo que necesitamos tremendamente en este mundo global en el que se está librando «una guerra mundial a pedazos»<sup>1</sup>, con un «choque de civilizaciones»<sup>2</sup> siempre en el horizonte, mientras pasan demasiado en silencio los retos de la justicia y del entorno.

<sup>1</sup> Expresión acuñada por el papa Francisco y que ha tenido amplio eco.

<sup>2</sup> El primero en hablar de «choque de civilizaciones» (*clash of civilizations*) fue el politólogo estadounidense Samuel P. Huntington en 1992. El término fue retomado y analizado en 1993 en un artículo de la revista *Foreign Affairs*.

La pregunta abismal de Jesús es espacio para un encuentro universal.

Un espacio para el Padre, que respondió resucitándolo y exaltándolo, introduciéndolo en el Cielo desde entonces, incluso con su humanidad martirizada, toda ella invadida por el Espíritu, por el Amor.

Un espacio en el que personas y pueblos crucificados se encuentran acogidos y comprendidos y en el que puede brotar la esperanza de un rescate.

Un espacio para el encuentro entre personas, culturas y religiones *en su diversidad*. No es casual que el cristianismo, en Pentecostés, naciese pronto con dimensión universal, con una multiplicidad de lenguas y de clases sociales, y mostrase una impresionante capacidad de injertarse en los entornos más variados. Porque contiene una apertura y una capacidad de unir sin límites que, en definitiva, nace de aquel grito, de este don hasta el extremo que derriba cualquier barrera y abre espacios.

Y sin embargo ha sido difícil mirar de frente a ese «por qué» desgarrador. Del mismo modo que fue difícil para los primeros cristianos exhibir la cruz: indicaba demasiado claramente desgracia, maldición. Agustín de Hipona afirma que Jesús lanzó ese grito en nuestro nombre, prestando voz a nuestra perdición. Y, como él, así se siguió pensando durante casi dos milenios.

No así algunos místicos que se adentraron en aquel misterio en momentos de noche oscura. Entre ellos san Juan de la Cruz, que escribe: «Cierto está que al punto de la muerte quedó también aniquilado en el



alma sin consuelo y alivio alguno, dejándole el Padre así en íntima sequedad [...]; por lo cual fue necesitado a clamar diciendo: ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado? (Mt 27, 46). Lo cual fue el mayor desamparo sensitivamente que había tenido [...]. Y así, en él hizo la mayor obra que en [toda] su vida con milagros y obras había hecho, ni en la tierra ni en el cielo, que fue reconciliar y unir al género humano por gracia con Dios. Y esto fue, como digo, al tiempo y punto que este Señor estuvo más aniquilado en todo...»<sup>3</sup>.

Y no fue hasta el siglo xx –desgarrado por campos de exterminio y gulags, atenazado por el ateísmo y la duda extrema, con una nueva consciencia del grito de los pobres que se eleva desde todos los puntos de la tierra– cuando la teología comienza a explorar más a fondo el significado de aquel grito<sup>4</sup>.

En ese siglo atormentado, Martin Heidegger, reflexionando sobre la «muerte de Dios» anunciada por Nietzsche, escribió: «La noche del mundo extiende sus tinieblas. La era está determinada por la lejanía del dios, por la “falta de dios”. [...] Suponiendo que todavía le esté reservado un cambio a ese tiempo de penuria, en todo caso solo podrá sobrevenir cuando el mundo cambie de raíz, lo que quiere decir aquí, evidentemente, cuando cambie desde el fondo del abis-

<sup>3</sup> JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*, II, 7, 11.

<sup>4</sup> Para mayor profundización, cf. el Forum «L'abbandono di Gesù. Per una cultura dell'unità», en *Nuova Umanità* 122 (1999/2), pp. 157-175, con aportaciones de G. M. Zanghì, G. Rossé, P. Coda y J. Castellano Cervera, *ocd.*

mo. En la era de la noche del mundo hay que experimentar y soportar el abismo del mundo. Pero para eso es necesario que algunos alcancen dicho abismo»<sup>5</sup>.

En la cruz, abandonado por aquel a quien había llamado «Abbá, papá» y precipitado a la noche más negra, Jesús nos dice que hay por lo menos uno que ha llegado al abismo. Ciertamente, a lo largo de la historia hay quien ha considerado que su «¿por qué me has abandonado?» no fue más que un versículo del salmo 22 que recitó como oración de los moribundos. Pero la ciencia bíblica nos enseña que esas palabras no acabaron por casualidad en el relato de la pasión de Cristo, sino que expresan su significado más profundo: Jesús no se quedó al margen de ninguna desgracia; Él experimentó la vorágine de la nada, descendió hasta la lejanía extrema de Dios.

Lo confirma Pablo cuando, en la Carta a los Gálatas, no duda en decir que Cristo se ha hecho «maldición por nosotros»<sup>6</sup> y cuando, en la Segunda Carta a los Corintios, afirma que Dios «lo hizo pecado»<sup>7</sup>. De modo similar, la Carta a los Hebreos declara que Jesús

<sup>5</sup> M. HEIDEGGER, *Caminos de bosque*, Alianza, Madrid 2010, pp. 199-200.

<sup>6</sup> Cf. *Ga* 3, 13: «Maldito todo el que está colgado de un madero». Cf. *Dt* 21, 23: «Un colgado es una maldición de Dios». Cuando la muerte en la cruz era infligida en nombre de la Ley –observa G. Rossé– tenía en sí misma, sobre la base de la Escritura, este valor de repulsa y de abandono por parte de Dios.

<sup>7</sup> Cf. *2 Co* 5, 21: «A quien no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él».